

## Escritura, lectura, reescritura

**B**ienvenida esta antología de ensayos de feministas estadounidenses sobre lectura y escritura. Es muy probable que *Otramente* se convierta en un libro fundamental, sobre todo de consulta, puesto que cada una de las autoras presenta un panorama de las distintas tendencias y teorías en lo que se refiere a lectura y escritura feministas; además, se analizan y cuestionan varias de esas tendencias para, de todas ellas, derivar nuevas conclusiones y propuestas. Por lo tanto, no es éste el momento adecuado para hacer un resumen de estos recorridos. Prefiero exponer aquí algunas inquietudes que me despertó su lectura.

\* \* \* \*

Considero de gran importancia el problema de la lectura que se plantea en varios de estos ensayos. Pero antes de hablar de la lectura de tex-

tos literarios y artísticos, me referiré al fenómeno de lectura de otros tipos de textos, como, por ejemplo, la realidad en que vivimos con sus convenciones y tradiciones, la historia —ya sea local, nacional o mundial— y las leyendas, mitos y escritos sagrados, como la Biblia, entre otros.\*

Durante la mayor parte de los últimos dos milenios, la cultura occidental ha establecido la definición de su identidad en una estructura patriarcal, que excluye o disminuye a los elementos que no refuerzan ese marco de identidad. Se trata de un pensamiento discriminador que distingue lo propio de lo ajeno; en este proceso, lo ajeno se vuelve cada vez más ajeno y desconocido y, por lo tanto, misterioso, lo cual provoca temor y hostilidad. Por ello, como bien sabemos, las mujeres, los indios, los negros, los países “subdesarrollados” —para usar el eufemismo del discurso dominante—, así como la relación con la tierra y la naturaleza, ya sea animal, vegetal o mineral, entre muchos otros, desaparecen de un brochazo de la realidad en que vivimos, de las

---

\* Sobre las reescrituras de la Biblia ver p. e. Savina Teubal, *Sarah the Priestess. The First Matriarch of Genesis*, Athens Ohio, Swallow Press, 1984. Para la reescritura de la historia, ver p.e. Alain Decaux, *Histoire des françaises*. París, Librairie Académique Perrin, 1972. Para la reescritura de la leyenda del rey Arturo, ver Marion Zimmer Bradley, *The Mists of Avalon*, Nueva York, Ballantine Books, 1982.

noticias, de la historia y de la cultura. Pero como todos estos excluidos sí existen, cuando no hay más remedio, esa misma estructura limitada de identidad los absorbe, transformados, para integrarlos y capitalizarlos.

Mantener cerrado este marco estrecho de identidad requiere una estrategia específica de lectura que permite borraduras, metamorfosis y absorciones. Y, sobre todo, debe permitir la reescritura una y mil veces de un mismo texto, de acuerdo con las necesidades del momento. Voy a citar algunos ejemplos para ilustrar este tipo de lectura y reescritura.

Cuando se empezó a estudiar a la diosa sumeria Inanna, equivalente a Ishtar de Acadia, a través de textos escritos y en estatuillas y bajorrelieves, se advirtió que siempre aparecía frente a ella una persona de menor tamaño y de rodillas. En los textos escritos, esa persona se llamaba Ninsubur. Los estudiosos, al leer e interpretar esos textos escritos y visuales, decidieron que Ninsubur era un visir o un rey que le traía tributos y le rendía honores a la diosa, a pesar de que la palabra Ninsubur significa 'Reina del Sur'. Por otros rasgos, sin embargo, al fin se vio que esa persona arrodillada no era masculina sino femenina. De inmediato, se llegó a la conclusión de que la lectura correcta era que la

diosa estaba siendo atendida por su sirvienta. Creo que no se necesitan extensos comentarios al respecto; es demasiado simple: si es un hombre, es un visir, si es una mujer, es sirvienta. ¿Dónde se rompió el hilo de continuidad?

Otro ejemplo muy claro y más conocido es el de Morgana, su hermano el rey Arturo, su cuñada Ginebra y Merlín. La leyenda del rey Arturo se refiere a un joven que, cuando llega a ser rey, se encuentra desgarrado entre su familia consanguínea celta —o sea, druida y matriarcal— y su familia política, que es cristiana y patriarcal; se trata de la confrontación y guerra de dos ideologías con sus respectivas religiones y convenciones morales y éticas. Morgana es la heredera de los secretos de los druidas, de su magia y sus milagros, y se vuelve sacerdotisa, lo cual le da enorme poder sobre la sociedad en que vive, como antes de ella lo tuvieron otras mujeres. Merlín era el músico que animaba la vida de las sacerdotisas druidas. Por su parte, el rey Arturo, que detentaba el poder militar, se desposa con Ginebra, educada en un convento cristiano, en donde Dios y su hijo, Cristo, representan y determinan el poder y los valores morales. Tanto Morgana como Ginebra le ofrecen al rey el poder, pero se lo ofrecen a través de dos

estructuras e identidades opuestas: el matriarcado y el patriarcado. Desde luego, al rey le conviene mucho más la opción del cristianismo representada por su esposa, aunque ésta rompa con los valores mismos que defiende, al enamorarse del mejor amigo de su marido. Dada la preferencia de Arturo por el cristianismo, la leyenda se transforma paulatinamente, hasta convertir a Merlín en un mago poderoso y a Morgana en una mujer inmoral, perversa y misteriosa, además de morena y fea. El rey Arturo y su esposa Ginebra suelen representarse como rubios, blancos y bellos, mientras que el enamorado de Ginebra, Lanzarote, también suele ser algo moreno, pero es fuerte, valiente, guapísimo, y es hombre.

Un último ejemplo de lectura y reescritura, es el del Génesis de la Biblia judeocristiana, sobre todo la historia de nuestros queridísimos Adán y Eva. Los cabalistas, que se han dedicado a buscar y encontrar la mayor cantidad de lecturas profundas de ese texto tan enigmático, han escudriñado de la manera más prolija posible la escritura de la lengua hebrea y la aramea, desde el tamaño físico de las letras y sus valores numéricos, hasta las múltiples interpretaciones que permite ese abecedario sin vocales, en que una sola raíz significa varias

lecturas simultáneas. De tal manera, y considerando los morfemas gramaticales en un uso poco ortodoxo respecto de la lengua normal, la creación de Adán y Eva, así como el pecado original, no son lo que nos ha dicho la lectura de las distintas iglesias durante tantos siglos. Una de las lecturas cabalistas del principio del Génesis, donde dice, por ejemplo, "Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó" (1:27) y más adelante (5:2) "Varón y hembra los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán, el día en que fueron creados", la ambigüedad del singular y el plural alude a un mismo ser, masculino y femenino a la vez, creado a imagen de un Dios también masculino y femenino, cuyo nombre (Elohim) incluye un sustantivo femenino combinado con un plural masculino. Este ser creador dio a su creación un solo nombre, Adán, que significa conciencia primigenia. Sólo al cometer el llamado "pecado original", aprende esta criatura el pensamiento discriminador y desde ese momento, se divide en un hombre y una mujer, Adán, la conciencia, y Eva, que significa vida. En ese momento, adquieren cuerpo físico y perciben las diferencias, en lugar de lo ilimitado, lo infinito y lo eterno. La interpretación y traducción de esta larga y compleja

historia se convierte planamente en un ser derivado de la costilla de otro ser, para que le haga compañía y para que se ayuden en la procreación, y el pecado original se reduce a una relación sexual.

No es el momento de entrar en más detalles, pero nuestra Biblia, en sus múltiples reescrituras y añadiduras, transforma en muchas ocasiones los matriarcados y a las sacerdotisas en simples esposas. Como dice el dicho: "detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer", pero jamás se ha dicho esto al revés.

\* \* \* \*

He hablado de la lectura y la reescritura del mundo y sus textos tradicionales que establecen la estructura de identidad y de valores en que vivimos, por lo menos en el mundo occidental, a saber, mitos, leyendas e historia. Pero debo abordar brevemente otra cuestión, que tratan casi todas las autoras de los ensayos incluidos en esta antología: la lectura y crítica feministas de textos literarios.

Las reflexiones que ellas plantean me han llevado a repensar las lecturas que hacemos del mundo que nos rodea, lo cual se manifiesta en la escritura femenina y feminista de textos literarios. La

escritura de un texto literario por una mujer implica necesariamente una lectura del mundo y de sí misma, que es distinta de la que puede hacer un hombre, de la misma manera que sucede con todos los grupos raciales, sexuales y nacionales, disminuidos o exaltados. Pero, debo discrepar en lo que se refiere a la crítica feminista de esos textos artísticos.

Por lo menos a partir del Renacimiento, una vez que un texto artístico está terminado y logrado, ya sea literario, plástico, musical, dramático o cualquier otro, ese texto en sí es el que dirige al lector, y no al contrario. El texto artístico moderno y contemporáneo es, por su naturaleza, un texto abierto y, a la vez, un texto cerrado. Es abierto en el sentido de que permite infinitas interpretaciones individuales, agregadas al significado y las connotaciones transmitidas por el autor. Y es cerrado porque el núcleo de significado creado por el autor tiene límites definidos por su misma expresión de la realidad. En otras palabras, el texto artístico tiene como característica fundamental el hecho de permitir la interpretación pero no la reescritura. De tal manera, si yo leo a T.S. Eliot o a Yeats, o leo a Hilda Doolittle o a Emily Dickinson, o bien si a estos mismos autores y autoras los lee un hombre, puede haber, con toda facilidad, di-

ferencias de gusto, de identificación y experiencia, de premisa estética, y hasta de grado de pertinencia; habrá diferencias de sentido pero no del significado central. Por ejemplo, las infinitas reinterpretaciones de las obras de Shakespeare o del teatro griego que se han hecho a lo largo de siglos son readaptaciones a nuevos contextos o a usos más modernos del lenguaje, pero no modificaciones del núcleo de significado de la obra en sí. El teatro o las adaptaciones de narraciones literarias a otros lenguajes como cine o teatro se han dado con frecuencia. Sin embargo, el caso de la poesía es más evidente, dado que la poesía es el género literario más sintético y compacto.

Es muy cierto que las mujeres han sido excluidas de los cánones clásicos de los llamados "padres de la poesía": no cabe ninguna duda al respecto. A tal grado que las grandes escritoras que lograron forjar un camino dentro del mundo masculino, cuando fueron admiradas (o temidas), fueron definidas como hombres barbados o viragos. Son historias que, en estas épocas, ya conocemos bien. También es cierto

que, aun ahora a fin de milenio, con tantas escritoras excelentes en el mundo, las antologías literarias hechas por hombres siguen siendo predominantemente, cuando no exclusivamente, masculinas. Es una borradura y la vemos a diario.

No obstante, en mi opinión, la idea general y tal vez más abstracta del arte y sus funciones, su manera de comunicar y transformar y recrear el mundo, no ha cambiado. Se han dado nuevas escrituras, nuevas maneras de usar los lenguajes y nuevas maneras de moldear los géneros artísticos para transmitir distintas lecturas del mundo. Pero la lectura del arte en sí, con su experiencia sintética y simbólica, aunque sea histórica y siempre nueva, sigue siendo en esencia mucho más determinada por el autor que por el lector. Considero, pues, que la obra artística nos lleva de la mano a lo largo de su lectura, ella misma nos guía y siempre tratará de evitar tanto la paráfrasis como la reescritura.

**Mónica Mansour**

Varias autoras, Marina Fe (coord.), *Otramente: lectura y escritura feministas*, UNAM, FCE, 1999.